

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3 50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4—MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año 11

MURCIA.-Lunes 5 de Agosto de 1907

Núm. 289

Publicidad
LITOGRAFICOS DE TODAS CLASES
PRECIOS SEGUN TARIFA
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
Al Director Gerente
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

FRESCURA MAURISTA

Frescura mayor y cinismo más estupendo que el del Sr. Maura no se pueden encontrar en parte alguna...

Con los sucesos de Marruecos, según creíamos todo el mundo, se ha vuelto a probar su original frescura...

En la situación en que están las cosas, por otro lado, vale más que no tome cartas en el asunto Maura...

El don de Maura es el de la inutilidad, en el cual realiza verdaderos milagros. Donde otro se estrellaría, no imaginando nada inútil que realizar...

PLUMAZOS

¡A Marruecos!

Los geniecillos bélicos, los fogosos diplomáticos y peroradores de café, se sienten poseídos de honda patriotería...

¡A Berlín!—gritaba el pueblo de París, ébrio de santo patriotismo...

aunque a la larga haya sido la base del engrandecimiento de Francia, costó muchos miles de vida y muchos millones al pueblo francés...

Vaya en buena hora a Marruecos quien lo desee allí, si le es posible ó si lo dejan, imite las hazañas del duque de Alba...

Y digamos con don Quijote: el nido de antaño, no tiene pájaros hogaño...

NAZARIN.

MURCIANERIAS

¿Quién lo protege?

Nuestras benditísimas autoridades, por el tiento con que proceden, están acreditando a la capital. Ya, en cualquier hecho inculicable que ocurre, dicen por ahí: como en Murcia...

Con el asunto del cabo Herrero, porque tiene protectores dicho individuo, ha ocurrido lo mismo que en todo: que el tal cabo pasea sonriente por la capital su hazaña...

Respecto al irrisorio castigo impuesto al cabo Herrero, dice Diario Universal lo siguiente:

«A consecuencia del expediente que se le formó al cabo de Orden público Vicente Herrero por asaltar con otros guardias la Redacción de EL DEMOCRATA, se le castiga con ocho días de suspensión de sueldo.

Censurase la pequeñez de la corrección, que demuestra el amparo que algún grancaque de esta otorga a dicho cabo, procesado por delito de sangre y en visperas de ocupar el banquillo por tal causa.

Se comenta mucho que tal sujeto, depuesto del cargo por haber querido herir a otro compañero suyo y detenido después por escándalo en la vía pública, siga ejerciendo funciones de autoridad...

La pregunta que hace el querido colega es muy justa, porque revela la extrañeza que causa por ahí el olvido de la justicia. ¿Quién protegerá al cabo Herrero? No hay duda de que si en cosas buenas revela igual firmeza que en las malas, el tal protector debe ser persona de empuje...

«¿Quién será ese... protector? El que sea debe estar muy satisfecho con las hazañas de su protegido, que enaltecen a ambos.

Todo sea por el caciquismo triunfante.

L A S

hermanas de la Fe

Es un lugar apartado de la vega y de la playa: es un lugar solitario donde viven enlazadas las hermanas de la Fe, de los rezos, de las lágrimas.

Es el convento, un castillo derruido, la fachada, semeja viejo palacio de familia acaudalada. Escudo con diez coronas orlado de raras armas con banderas y cuarteles y flores hechas guirnaldas,

Cornisamento macizo; gruesos pilares; ventanas simétricas y pequeñas eternamente cerradas.

Las hermanas de la Fe de los rezos y las lágrimas viven allí para siempre en sus celdas olvidadas.

Solo a las horas que indica una vetusta campana, salen de sus dormitorios al claustro, y arrodilladas rezan la Salve a la Virgen y después que rezan cantan, y es aquello un jubileo de mil notas aflautadas, melancólicas, suaves, sonoras y bien timbradas, llenas de un amor bendito, llenas de una fe sagrada.

Y así viven, y en el cielo, hay muchísimas hermanas que murieron, que cruzaron sus manos atormentadas por el sufrimiento y eran hermanas de la Fe ¡y santos!

yo, todas las tardes voy, penetro en aquella estancia bendita, y oigo los rezos rítmicos de las hermanas.

Quiero entresacar de todas esas voces aflautadas aquella voz que ante el clave musitaba una sonata.

Aquella voz que era toda aureo torrente de lágrimas transparentes, misteriosas, límpidamente azuladas.

Muchas veces escuché el rezar de las hermanas, y no escuché aquella voz, aquella voz aflautada, aquella que junto al clave musitaba una sonata.

No la pude distinguir ¿estará muerta? ¿Su alma habrá volado hacia el cielo? ¿Estará con sus hermanas?

No he podido distinguir aquella voz; en el alma, llevo el peso de un recuerdo ¡prezad por mi una plegaria!

DIONISIO SIERRA.

Madrid al día

Paréntesis dominical

(DE NUESTRO REDACTOR-CORRESPONSAL)

Henos aquí a los españoles en visperas de correr otra nueva aventura por el Gurugú, y por todas esas poblaciones rifeñas, antiguas conocidas nuestras.

En la última aventura, tan reciente todavía, todos recordarán los beneficios que reportamos con nuestra acción militar: un general, varios oficiales y muchos soldados muertos; una indemnización ridícula y mal pagada, y por último, a fuer de galantes, la pérdida de un hermoso crucero, el «Reina Regente».

¿Qué sacaron los franceses de su ocupación de Ujda? Algo muy parecido a lo que sacamos nosotros.

Por eso los moros que tan barato les sale el capricho de matar a unos cuantos súbditos españoles y franceses, repiten con bastante frecuencia la bahaña, seguros de que con unos cuantos ochavos morunos han de salir del paso, y la dignidad de la Europa civilizada ha de quedar satisfecha.

Peró ellos, con un espíritu generoso, no deben interpretar esa conformidad de Europa como satisfacción, sino como temor. Ellos saben cuán balanceadas están las fuerzas de las naciones europeas, y no ignoran lo codiciados que son por esas naciones los territorios marroquíes, y así, de vez en cuando, los moros se entretienen en achucharnos, en experimentar nuestra prudencia europea, confiando en que seguiremos haciendo una demostración de fuerza en las costas africanas, y, satisfecho nuestro orgullo, cobraremos por el brillante espectáculo un precio, no muy crecido, para mayor garantía de que se nos pague, porque ellos, eso sí, están siempre dispuestos a pagar sus caprichos.

No puede quejarse la codiciosa Europa de que no le dan ocasión con frecuencia,

para intervenir en aquellos territorios, pero la política marroquí, que tiene fama de astuta, ve que el obstáculo para la intervención está en los propios aliados, y por eso nos hostilizan descaradamente, se rien de nosotros, y hecho el daño se cruzan de brazos esperando los acontecimientos, a ver si al fin nos decidimos a intervenir, que equivale para ellos, a rompernos la cabeza en casa entre nosotros. Y esto que es una convicción en ellos, todo un programa, está también tan latente en Europa que al conflicto árabe lo considerarán todas las naciones con verdadero fervor, y todos los gobiernos marchan con gran tino y prudencia en tan escabrosa cuestión.

Sin embargo, esta vez los franceses se muestran belicosos, y ya han enviado sus tropas y sus buques a Casablanca, anunciando energicamente su ocupación por españoles y franceses, antes de ocho días. Los españoles, aunque a remolque, están decididos a ir en combinación con los franceses, de modo que los augurios no pueden ser más pesimistas.

¿Habrá llegado ya el momento de que los árabes, desde su balcón que mira a Europa, contemplen el jollín que ellos mismos armaron, como excelentes entrenadores?

Creemos que no. La prudente Europa reflexionará una vez más, y se conformará con dar un paseo militar por las afueras de Casablanca, y con nuestra pequeña indemnización volveremos a nuestro viejo solar europeo, con armas y bagajes.

RAFAEL MAROTO.

4 de Agosto 1907.

Marcha sentida

Hay que llorar, paisanos

Cuentan que Sancho, al salir de la insula Barataria, comprendió que no servía para gobernador, a pesar de que sabía administrar recta justicia, y se hizo firme promesa de no dejarse llevar por la vanidad otra vez.

Sancho, que no era gobernador de Murcia, pero que hubiese desempeñado el cargo mejor que el Sr. Barroso, en aquella ocasión reveló que no era tan simple como parecía, al contrario de lo que les ocurre a otras personas. La insula Barataria, en la cual se presentaron áridos asuntos que resolver, no sufrió ni un solo momento las consecuencias de una equivocación, pagando los delincuentes en la medida proporcional al delito realizado; y Sancho, que no descansó un solo instante, no pidió permiso para descansar, abandonando espontáneamente el gobierno, porque comprendió que no servía para él.

¿Le ha ocurrido lo mismo al Sr. Barroso? Desgraciadamente no.

El Sr. Barroso, que no ha hecho nada por Murcia en el tiempo que lleva al frente de la provincia, que no se preocupa de nada, que nada le interesa, abrumado por el dulce far niente, no pudo resistir su abrumadora tarea y pidió y obtuvo la deseada licencia.

Hemos visto en cincuenta distintas ocasiones en que precisaba demostrar que teníamos gobernador, que el señor Barroso se hacía el sueco, procediendo caprichosamente. Los desmanes de algunas personas no le han interesado; las arbitrarias disposiciones cuando el Juntamento en Archena le han regocijado; los abusos policíacos le han hecho reír; el desbarajuste reinante le ha alegrado; las censuras justas por su falta de condiciones para gobernar una provincia lo han dejado indiferente; y en todas ocasiones, menos una persona, hemos visto que teníamos por gobernador un maniquí, que se movía según tirasen de los cordelillos algunos señores.

Hoy, en que después de largos meses de no hacer nada, absolutamente nada, usa de la licencia para descansar de su fatigosa labor, la población rie complacida, pidiendo a la Providencia que lo entretenga por las tierras andaluzas bastante tiempo, para ver si se olvida de nosotros y no viene más a desgobernarnos.

Murcia entera desea que el Sr. Barroso, si viene otra vez por aquí, aunque ninguna falta hace, vuelva como particular, para que goce de las bellezas (!!) de la insula que gobernó.

Aunque mejor será que no vuelva de ningún modo. Eso ganaría la población.

Información especial

EL PELO

de las celebridades

Asombro y grande causó, y más que asombro, indignación, la noticia de que un figaro de Roma comerciaba con los mechones de pelo que cortaba de la cabeza de Su Santidad, y con pelo de otras cabezas menos visibles de sus parroquianos, engañando a las devotas.

El pelo de las celebridades por uno ú otro concepto siempre ha dado motivo para mil anécdotas, y citándonos únicamente a las cabelleras de los músicos, podríamos citar algunas.

Paganini, el celeberrimo violinista, era tachado de llevar la economía hasta la sordidez, y llegó a explotar con su melena como con su violín. A menudo recibía misivas de sus admiradores, pidiéndole mechones, a lo que él jamás se negó, enviando unos poquitos, hechos de su pelo, con la súplica de que le enviaran alguna dádiva para una obra de caridad de que estaba encargado.

La caridad de Paganini empezaba por sí mismo y terminaba allí.

Paseando el gran Mendelssohn por uno de los bulevares de París fué abordado por una pobre, que le pidió una limosna. El músico, que no llevaba dinero consigo, sacó unas tijeritas de bolsillo, y cortándose un rizo de una cabellera, se lo entregó a la mendiga. Grande fué su sorpresa al contemplar la limosna recibida, pero mucho mayor fué al ver que se le acercaba un caballero que había presenciado la escena, y reconocido al notable músico, y pidiéndole el mechón de pelo, le entregaba una moneda de oro.

En una ocasión, Wagner acompañado de su esposa, entró en una peluquería para que le recortaran el pelo. Mientras el barbero se dedicaba a su operación, la señora de Wagner se dedicaba a recoger los recortes que caían al suelo y guardarlos cuidadosamente.

El barbero, que de antemano tenía ya vendido el pelo de Wagner, tuvo que confesarse y suplicarles no se llevaran aquella porquería; pero la señora le replicó que era de su marido. El barbero no lo echó en saco roto y tuvo una mina con el parroquiano cortador.

Una cosa parecida sucedió con el autor de «Aida». En un bazar de caridad que se celebró en Italia, Verdi ofreció rizos de sus cabellos en favor de la caritativa asociación cediéndoles, los mayores postores.

La cantidad de pelo que se vendió en aquella ocasión, fué grande, y los ingresos verdaderamente asombrosos, lo que a nadie llamó la atención; pero sí la llamó al ver que la cabeza del gran compositor seguía tan poblada como de costumbre. Lo que se había quedado como la de un quinto, era la de su criado que tenía el pelo del mismo color que el del amo.

El número de barberos que han explotado la sección capilar de sus parroquianos notables, es grande y no ha faltado quien ha sabido cobrar un doble y triple precio por afeitado por la navaja con que rasuraban a tal personaje ó darle con la brocha con que enjabonaron la cara a tal otro hombre de conspiciua notoriedad.

Tal hizo durante largo tiempo un barbero de Indianapolis, que se hacía pagar medio duro por tener la alta honra de ser afeitado con la mismísima navaja que usó el presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, y otro tanto por usar el auténtico barbero que fué atado al pesuero del célebre Gounod.

X

CUENTO

DRAMA DEL DIA

(Prólogo)

La escena se desarrolla a la puerta de un baile público.

Dos jóvenes costureras que se retiran del taller, sostienen animada conversación, presenciando la entrada de los que van a divertirse.

Una de ellas, Mercedes, tiene modales desenvueltos y sonríe muy a menudo con pícarosca expresión. La otra, Julia, habla y acciona con encantadora sen